

# La vida en diez momentos:

## “Diez cosas”, por Leslie Pietrzyk\*

MARTHA GARCIA\*

 0009-0003-7986-8354

\*Central Michigan University, Estados Unidos

 <https://ror.org/02xawj266>

Correo-e: garci12m@cmich.edu

CAROLINA GUTIÉRREZ-RIVAS\*\*

 0000-0002-1606-4696

\*\* Central Michigan University, Estados Unidos

 <https://ror.org/02xawj266>

Correo-e: gutie1c@cmich.edu



Recibido: 7 de abril de 2022

Aprobado: 26 de mayo de 2025

El cuento “Ten Things” [Diez cosas], escrito por Leslie Pietrzyk, forma parte de una compilación titulada *This Angel on My Chest* [Ese ángel en mi pecho]. El libro ganó el premio Drue Heains en 2015 y aparece en una antología de relatos ganadores de dicho reconocimiento entre 2001 y 2021. Todas las historias tienen un tema común: protagonistas jóvenes que han quedado viudas. El título resume bien el argumento: se trata de una lista de diez cosas o detalles que la viuda recuerda sobre su esposo, como chistes, descripciones, predicciones. Desde el principio, “Pietrzyk hace una jugada estratégica, al colocar la realidad en primer plano” (Czyzniewski, 2016) [La traducción es nuestra]. A lo largo del cuento, la narradora se dirige al esposo muerto y a sí misma, lo que confunde al lector por momentos sobre quién es quién, y reflexiona sobre los instantes verdaderamente importantes en la vida —y la muerte— de una relación de pareja.

\* Esta traducción es resultado de un proyecto auspiciado por la Dra. Carolina Gutiérrez Rivas y fue parte de los requisitos para que Martha García obtuviera el Certificado en Traducción que otorga Central Michigan University.

## TEN THINGS

These are ten things that only you know now:

### ONE

He joked that he would die young. You imagined ninety-nine to your hundred. But by “young” he meant sixty-five, fifty-five. What “young” ended up meaning was thirty-five.

In the memory book the funeral home gave you (actually, that you paid for; nothing there was free, not even delivering the flowers to a nursing home the next day, which cost sixty-five dollars, but you were too used up to care), there was a page to record his exact age in years, months, and days. You added hours; you even added minutes, because you had that information. You were there when he had the heart attack.

Now, when thinking about his life, it seemed to you that minutes were so very important. There was that moment in the emergency room when you begged for ten more minutes. You would’ve traded anything, everything, for one more second, for the speck of time it would take to say his name, to hear him say your name.

Later, when you thought about it (because suddenly there was so much time to think; too little time, too much—time was just one more thing you couldn’t make sense of anymore), you wondered why he’d told you he was going to die young. The first time he said it, you punched his arm. “Don’t say that,” you said. “Don’t ever say that again, ever.” But he said it another day and another and lots of days after that. And you punched his shoulder every time, because it was bad luck, bad mental energy, but you knew he’d say it again. You knew then that there would always be one more time for everything.

### TWO

He once compared you to an avocado. He was never good at saying what he meant in fancy ways. (You had a boyfriend in college who dedicated poems to you, one of which won a contest in the student literary magazine, but that boyfriend never compared you to anything as simple and real as an avocado.)

## DIEZ COSAS

Estas son diez cosas que solo tú sabes ahora:

### UNO

Él bromeaba con que se iba a morir joven. Te imaginabas que a los noventa y nueve de tus cien. Pero para él, ‘joven’ era sesenta y cinco, cincuenta y cinco. Lo que acabó siendo ‘joven’ fueron treinta y cinco.

En el libro de recuerdos que te dio la casa funeraria (que en realidad pagaste; nada allí era gratis, ni siquiera enviar como donativo las flores al asilo de ancianos al día siguiente; eso costó sesenta y cinco dólares, pero estabas tan agotada que ni te importó), había una hoja para registrar su edad exacta en años, meses y días. Tú agregaste las horas, y hasta los minutos, porque tenías esa información. Estabas allí cuando le dio el infarto.

Ahora, al pensar sobre su vida, te parecía que los minutos fueron muy importantes. Como ese momento en la sala de emergencias cuando imploraste por diez minutos más. Hubieras dado lo que fuera, todo, por tan solo un segundo más, por la pizca de tiempo que te tomaría decir su nombre, escucharlo decir tu nombre.

Después, cuando lo pensaste (porque de repente había mucho tiempo para pensar; muy poco tiempo, demasiado; el tiempo era una cosa más que ya no podías entender), te preguntabas por qué te había dicho que iba a morir joven. La primera vez que lo dijo, lo golpeaste en el brazo.

—No digas eso —le respondiste—. No vuelvas a decir eso, nunca.

Pero lo volvió a decir otro día, y otro, y muchos días después. Y tú lo golpeabas en el hombro cada vez que lo decía, porque era mala suerte, mala energía, pero sabías que lo volvería a decir. Lo que sabías entonces es que para todo podía haber una vez más.

### DOS

Una vez te comparó con un aguacate. Nunca supo bien cómo decir lo que quería de manera elegante. (Tenías un novio en la universidad que te dedicaba poemas, uno de los cuales ganó un concurso en la



You were sitting on the patio in the backyard. It was the day the dog got loose and ran out onto Route 50, and you found him by the side of the road—two legs mangled and blood everywhere—and you pulled off your windbreaker and wrapped the dog in it while your husband stood next to you whispering, “Oh God, oh God,” because there was so much blood. He drove to the vet, catching every red light, while you held the dog close and murmured dog secrets in his ear, feeling his warm blood soak your clothes. And when the vet said she was sorry, that it was too late, you were the one who cupped the dog’s head in both hands while she slipped in the needle, and you were the one who remembered to take off the dog’s collar, unbuckling it slowly and looping it twice around your wrist, and you were the one whose face the dog tried to lick but couldn’t quite reach.

So, that night, out on the patio, the two of you were sitting close, thinking about the dog. It was really too cold to be on the patio, but the dog had loved the backyard; every tree was a personal friend, each squirrel or bird an encroaching enemy. It was just cold enough that you felt him shiver, and he felt you shiver, but neither of you suggested going inside just yet. That’s when he said, “I’ve decided you’re like an avocado.”

You almost didn’t ask why, you were so busy thinking about the dog’s tongue trying to reach your face and failing, even when you leaned right down next to his mouth. But then you asked anyway.

He looked up at the dark sky. “You’re sort of tough on the outside,” he said. “A little intimidating.”

“Maybe,” you said, but you knew he was right. In photos, you always looked as if you didn’t want to be there. Lost tourists never asked you for directions; they asked your husband. It was something you’d become used to and no longer thought about or wondered why anymore.

He continued: “But inside, you’re soft and creamy. Luscious, just like a perfectly ripe avocado. That’s the part of you I get. And underneath that is the hardest, strongest core of anyone I know. Like how you were today at the vet. Like how you are with everything. An avocado.”

revista literaria de estudiantes, pero ese novio nunca te comparó con algo tan simple y tan real como un aguacate).

Estabas sentada en el patio del jardín trasero. Fue el día que el perro se soltó y corrió hacia la Ruta 50 y lo encontraste al lado de la carretera; dos patas destrozadas y sangre por todas partes. Te quitaste el cortaviento y lo envolviste en él mientras tu esposo estaba parado a tu lado susurrando, “Dios mío, Dios mío”, porque había mucha sangre. Manejó al veterinario pasándose todos los semáforos en rojo, mientras sostenías al perro cerca y le susurrabas secretos al oído, sintiendo su sangre cálida siendo absorbida por tu ropa. Y cuando la veterinaria dijo que lo lamentaba, que era muy tarde, tú fuiste la que sujetó su cabeza entre las dos manos mientras ella le inyectaba la aguja, y tú fuiste la que recordó quitarle el collar, desabrochándolo lentamente y enredándolo dos veces en tu muñeca; era tu cara lo que el perro quería lamer, pero no alcanzaba.

Esa noche, en el patio, los dos estaban sentados cerca, pensando en el perro. Hacía mucho frío para estar en el patio, pero el perro amaba el jardín; cada árbol era un amigo cercano, cada ardilla o pájaro, un enemigo invasor. Hacía tanto frío que lo sentiste temblar, y él te sentía temblar, pero ninguno de los dos quería meterse todavía. En ese momento fue cuando dijo:

—He decidido que eres como un aguacate.

Tú ni siquiera querías preguntarle por qué, estabas muy ocupada pensando en que tu perro quería alcanzarte la cara y no podía, aun cuando te acercaste hasta su boca. Pero aun así le preguntaste. Miró hacia el cielo oscuro.

—Eres como muy dura por fuera, te dijo. Un poquito intimidante.

—Tal vez —le dijiste, pero sabías que tenía razón.

En las fotos siempre parecía como si no quisieras estar ahí. Los turistas perdidos nunca te preguntaban direcciones a ti, le preguntaban a tu esposo. Era algo que se te había hecho normal y no pensabas ni te preguntabas el porqué.



At the time, you smiled and mumbled, but could only think about the dog, the poor dog. That was five years ago. What you remember now is not so much the dog's tongue but being compared to an avocado.

### THREE

He predicted a grand slam at a baseball game. It was the Orioles versus the Red Sox, a sellout game up in Baltimore, on a bright, sunny June day, the kind of day when you look out the window and think, *Baseball*. But in Baltimore it wasn't possible to go to a game just because it was a sunny day; they were sold out months and months in advance—especially against teams like Boston, which had fans whose fathers had been Red Sox fans, whose kids were Red Sox fans, and whose grandkids would be Red Sox fans. He'd actually bought the tickets way back in December, not knowing what kind of day it would be, and it just happened to be that perfect kind of baseball day.

He'd grown up listening to games on the radio, sprawled sideways across his bed in the dark listening to A.M. stations from faraway Chicago, New York, St. Louis. He still remembered the call letters and could reel them off like a secret code. Now he brought his radio to the game in Baltimore and balanced it on the armrest between your seats, and the announcers' voices drifted up in bits and snatches, and part of him was sitting next to you eating a hot dog and cheering and part of him was that child sprawled in the dark listening to distant voices.

The bases were loaded, and Cal Ripken came up to bat. Cal was your favorite player. You'd once seen him pick up a piece of litter that was blowing around the field and tuck it into his back pocket. Something about that impressed you as much as all those consecutive games he'd played.

"What's Cal going to do?" he asked.

You looked at your score card. (He'd taught you how to keep score; you liked the organization and had developed a special system, with filled-in diamonds for home runs, a K for a strikeout, and squiggly lines to indicate a pitching change.) Cal wasn't batting especially well lately—the beginnings of a slump, you

Él siguió:

—Pero por dentro eres suave y cremosa. Sabrosa, como un aguacate en su punto. Esa parte de ti es la que me toca. Y debajo de eso está el centro más duro y fuerte que conozco. Me gustó como te portaste hoy en el veterinario. Como eres tú con todo. Un aguacate.

En ese momento, sonreíste y susurraste, pero solo podías pensar en el perro, el pobre perro. Eso fue hace cinco años. Hoy no te acuerdas tanto de la lengua del perro, sino de haber sido comparada con un aguacate.

### TRES

Él predijo un *grand slam* en un partido de béisbol. Eran los Orioles contra los Red Sox, un partido para el que ya no había entradas en Baltimore, en un día brillante y soleado en junio, un tipo de día en que miras por la ventana y piensas: "Béisbol". Pero en Baltimore no era posible ir a un partido solo porque estaba soleado, los boletos se agotaban con meses de antelación, especialmente cuando eran contra equipos como los de Boston, cuyos fanáticos tenían padres que también eran fanáticos de los Red Sox, cuyos hijos eran fanáticos de los Red Sox, y cuyos nietos serían fanáticos de los Red Sox también. De hecho, él había comprado los boletos desde diciembre, sin saber qué tipo de día iba a hacer, y resultó ser un día perfecto para el béisbol.

Él había crecido escuchando los partidos en la radio, echado de costado en la cama, en la oscuridad, escuchando emisoras de A. M. lejanas de Chicago, Nueva York, St. Luis. Todavía recordaba las iniciales de las emisoras y los podía recitar como un código secreto. Ahora, llevaba su radio al partido en Baltimore y lo balanceaba en el apoyabrazos entre los asientos de ambos, y las voces de los locutores llegaban fragmentadas; una parte de él estaba a tu lado comiéndose un perro caliente y echando porras, y otra era un niño acostado en la oscuridad escuchando las voces distantes.

Las bases estaban llenas y Cal Ripken salió para batear. Cal era tu jugador favorito. En una ocasión, lo habías visto recoger basura que volaba en el campo y metérsela en el bolsillo de atrás. El gesto te impresionó, así como todos los partidos consecutivos que jugaba.

thought. “Hit into a double play,” you said. Cal had hit into a lot of double plays that season, ended a lot of innings.

He shook his head. “He’s knocking the grand slammi”—meaning a home run bringing in all four runners. You’d never seen one in person before.

“Cal doesn’t have many grand slams,” you said—not to be mean (after all, Cal was your favorite player), but because it was true. You knew Cal’s stats, and his grand-slam total was four at the time, after all those years in the majors.

“Well, he’s getting one now,” he said.

After Cal fouled twice for two strikes, you glanced over at him. “It’ll come,” he said.

On the next pitch, Cal whacked the ball all the way across that blue sky.

Everyone stood and cheered and screamed and stomped their feet, and he held the radio in his hand and flung his arm around your shoulders and squeezed tight. From the radio by your ear, you heard the echo of everyone cheering, and you thought about a boy alone in the dark listening to that sound.

## FOUR

He was afraid of bugs: outdoor bugs and indoor bugs; bugs big enough to cast shadows and little bugs that could be pieces of lint. Not “afraid” as in running screaming from the room, but “afraid” as in watching TV and pretending not to see the fat cricket in the corner or walking into the bathroom first thing in the morning and ignoring the spider frantically zigzagging across the sink. “There’s a bug on the wall,” you might say, pointing, hand outstretched, forcing him finally to look up and follow to see where your hand was pointing. You’d repeat: “There’s a bug on the wall.”

Still he’d say nothing.

“Do you see it?” you’d ask.

He’d nod.

So you’d grab a tissue and squish the bug, maybe letting out a sharp sigh, as if you knew you weren’t the one who should be doing this. Or, if it were a big, messy bug like a cricket, you might scoop it up and drop it out the window. Sometimes, if you waited too long, the bug (silverfish, in particular) would scurry

—¿Qué es lo que va a hacer Cal? —preguntó.

Miraste tu tarjeta de puntos. Él te enseñó cómo seguir el puntaje; te gustaba la organización y habías desarrollado un sistema especial, con diamantes para rellenar por cada jonrón, una K para los ponches y líneas serpenteantes para indicar cambio de lanzador. Cal no ha bateado muy bien últimamente: “El principio de una mala racha”, pensaste.

—Va a hacer un doble play —dijiste. Cal había pegado varios doble plays esa temporada, que terminaron en muchas entradas.

Meneó la cabeza.

—Va a pegar el gran jamón; es decir, un jonrón con los cuatro corredores adentro. Nunca lo habías visto en persona antes.

—Cal no tiene muchos jonrones con bases llenas —dijiste; no con mala intención (después de todo, Cal era tu jugador favorito), sino porque era cierto. Conocías las estadísticas de Cal, su total de jonrones con bases llenas era de cuatro para ese momento, después de todos esos años en las grandes ligas.

—Bueno, va a hacer uno ahora —dijo.

Después Cal falló dos veces por dos *strikes*, tú volteaste a mirarlo:

—Va a llegar —dijo.

En el segundo lanzamiento, Cal golpeó la pelota por todo el cielo azul.

Todos se pararon y celebraron y gritaron y pisotearon fuerte el suelo, y él agarró el radio, te arrojó el brazo alrededor de los hombros y te apretó fuerte. Del radio, que te llegaba a la oreja, escuchabas el eco de todos celebrando, y pensaste en el niño solo en la oscuridad escuchando ese sonido.

## CUATRO

Les tenía miedo a los insectos: insectos de afuera y de adentro; los insectos suficientemente grandes como para formar sombras y los pequeños que parecen pelusita. No ‘miedo’ que sales gritando del cuarto, sino ‘temor’ de estar viendo la tele y fingir no haber visto el grillo gordo en la esquina o cuando lo primero que haces en la mañana es ir al baño e ignorar la araña zigzagueando desesperadamente por el lavabo.



into the crack between the wall and carpet, and you'd imagine it reemerging in the future: bigger, stronger, braver, meaner. Bugs in the bathtub were easiest, because you could run water and wash them down the drain. You learned many different ways to get rid of bugs.

He never said, "Thank you for killing the bugs." He never said that he was afraid of bugs. You never accused him of being afraid of bugs.

## FIVE

He kept his books separate from yours. Certain shelves on certain bookcases were his; others were yours.

Maybe it made sense when you were living together, before you were married. If one of you had to move out, it would only be a matter of scooping armloads of books off the shelves, rather than sorting through, picking over each volume, having to think. It would allow you to get out fast. Plus, with separate shelves, he could stare at his long, tidy line of hardcovers, undisturbed by the scandalous disarray of your used paperbacks. He liked to stare at his books with his head cocked to the right—not necessarily reading the titles, just staring at the shelf of books, at their length and breadth and bulk. You never knew what he was thinking when he did this.

After your wedding, when you moved into the new house, you said something about combining the books, maybe putting all the novels in one place and all the history books in another and all the travel books together and so on, like that.

He was looking out the window at the new backyard, at the grass no one had cut for weeks and weeks. Finally, he said, "We own every last damn blade of grass."

"What about the books?" you asked. You were trying to get some unpacking done. There were boxes everywhere. The only way to walk through rooms was to wind along narrow paths between stacked boxes. There were built-in bookcases in the living room by the fireplace—two features the realtor had mentioned again and again, as if she knew that you were imagining sitting in front of a fire, reading books, sipping wine, letting the machine take the calls. As if she knew exactly the kind of life you had planned.

—Hay un insecto en la pared —decías, apuntando con la mano estirada, obligándolo a verla y seguir con la vista hacia donde apuntabas. Repetías:

—Hay un insecto en la pared.

Aun así no decía nada.

—¿Lo ves? —le preguntabas.

Él asentía.

Así que agarrabas un pañuelo y aplastabas el insecto, tal vez soltando un suspiro profundo, como si supieras que tú no eras la que debía estar haciendo eso. O si era un insecto grande y desagradable como un grillo, lo levantabas y lo dejabas ir por la ventana; y, algunas veces, si esperabas mucho tiempo, el insecto (pececillo de plata, en particular) huía hacia las grietas entre la pared y alfombra, y te lo imaginabas resurgir en el futuro: más grande, más fuerte, más valiente y más malvado. Los insectos en la tina eran los más fáciles, porque podías abrir el agua y bajarlos por la coladera. Aprendiste varias formas diferentes de deshacerte de los insectos.

Él nunca decía, "Gracias por matar los insectos". Él nunca decía que les tenía miedo a los insectos. Tú nunca lo acusaste de temerle a los insectos.

## CINCO

Él mantenía sus libros separados de los tuyos. Ciertos estantes en ciertos libreros eran de él, otros eran tuyos.

Tal vez tenía sentido cuando vivían juntos, antes de estar casados. Si uno de ustedes tenía que mudarse, sería solo cuestión de sacar los libros cargados de los libreros, en vez de ordenarlos, escogiendo cada volumen, tener que pensar. Te permitiría irte más rápido. Y también, con libreros separados, él podía quedarse viendo su hilera larga y bien arreglada de libros de tapa dura sin ser molestado por tu desbarajuste escandaloso de libros usados de tapa blanda. A él le gustaba quedarse viendo sus libros con la cabeza inclinada hacia la derecha, no necesariamente leyendo los títulos, solo mirando los libreros, a lo largo, ancho y en volumen. Nunca sabías en qué pensaba cuando hacía eso.

Después de la boda, cuando se mudaron a su casa nueva, dijiste algo sobre combinar los libros, tal

"I'll do the books," he said. But he didn't step away from the window.

It was a nice backyard, with a brick patio, and when you'd stood out there for the first time, during the open house, you'd thought about summer nights with the baseball game on the radio and the coals dying down in the grill and the lingering scent of medium-rare steak and a couple of stars squeezing through the glare of the city to find the two of you.

Again you offered to do the books; you wanted to do the books. You *wanted* all those books organized on the shelves; his and yours, yours and his. "I never thought I'd own anything I couldn't pack into a car," he said.

You felt so bad you started to cry, certain only you wanted the house, only you wanted the wedding. "Is it so awful?" you asked.

He reached over some boxes to touch your arm. "No, it's not awful at all," he said, and it turned out that this was what you really wanted—not the patio, not the built-in shelves next to the fireplace, not the grass in the backyard, but the touch of his hand on your arm.

You did the books together, and suddenly something about keeping them separate felt right, as if now you realized that the books would be fine on separate shelves of the same bookcase, in the house you'd bought for the life you had.

## SIX

He once saw a ghost. He was mowing the lawn in front, and you were in back clipping the honeysuckle that grew over the fence. Your neighbor—an original owner who'd bought his house for seven thousand dollars in 1959—wanted to spray kerosene and set the vines on fire, but you said no. You liked the smell of honeysuckle on June nights. You liked the hummingbirds flitting among the flowers in August. You even liked all that clipping, letting your mind go blank as you wrestled with the vines, cutting and tugging, yanking and twisting and pulling—knowing that whatever you cut would grow back by the end of the summer, that in the end the honeysuckle would always come back, maybe even if your neighbor burned down the vines.

vez poner las novelas en un lugar, todos los libros de historia en otro y los libros de viaje juntos y demás, así.

Él estaba mirando por la ventana al nuevo patio trasero, al pasto que nadie había cortado por semanas y semanas. Finalmente, dijo:

—Nos pertenece cada maldita hoja de césped.

—¿Y qué de los libros? —le preguntaste.

Estabas intentando terminar de desempacar. Había cajas en todas partes. La única forma de caminar por los cuartos era seguir los caminos angostos entre las cajas amontonadas. Había libreros empotrados en la sala de estar por la chimenea, dos características que la agente de bienes raíces había mencionado una y otra vez, como si supiera que te estabas imaginando sentado enfrente de la chimenea, leyendo libros, bebiendo vino, dejando que la máquina grabara las llamadas. Como si ella supiera exactamente la vida que tenías planeada.

—Yo me encargo de los libros —te respondió. Pero no se alejó de la ventana.

El patio trasero era bonito, con un camino de ladrillos, y cuando saliste por la primera vez, durante la demostración de la casa, pensaste en las noches de verano con un partido de béisbol en la radio, el carbón apagándose en la parrilla, el olor prolongado de bistec cocido y algunas estrellas escurriéndose entre el resplandor de la ciudad para encontrarlos a ustedes dos.

De nuevo ofreciste organizar los libros, tú *querías* arreglar los libros. Tú querías todos los libros organizados en los estantes, los de él y los tuyos; los tuyos y los de él.

—Nunca pensé tener algo que no cupiera en mi carro —comentó.

Te sentiste tan mal que empezaste a llorar, segura de que eras tú sola la que quería la casa, tú sola la que quería la boda.

—¿Es tan terrible? —le preguntaste.

Se estiró sobre las cajas para tocar tu brazo.

—No, no es para nada terrible —te consoló, y resulta que esto era lo que realmente querías, no el camino de ladrillos, ni los estantes empotrados al lado de la chimenea, ni el pasto en el patio trasero, sino el toque de su mano en tu brazo.



It was that time of the early evening when the shadows were long and cool and the dew was rising on the grass; that time when, as a barefoot child, you would start getting damp toes. You half heard the lawn mower whining back and forth, back and forth, and you were thinking ahead to sitting on the patio and watching the fireflies float up out of the long, weedy grass under the apple tree. Then the lawn mower stopped abruptly; it needed more gas, you thought, or maybe there was a plastic bag in the way. When the silence lingered, you walked around to the front yard, curious, and found him leaning up against the car in the driveway, the silent lawn mower in front of him. The streetlight flicked on as you reached him; he held out his arms for a hug, and you felt his sweat, tacky against your skin.

"I saw a ghost," he said.

You pushed the hair back from his forehead and blew lightly on it to cool him down. His forehead was pale compared to the rest of his face.

He pointed over toward the big maple tree, the one that was so pretty each autumn. But nothing was there.

"What kind of ghost?" you asked. You still had your hand on top of his head, and when you removed it, his hair stayed back where you'd pushed it.

"Like a soldier from the Civil War," he said. "He was leaning against that tree, and then he was gone."

"Confederate or Union?" you asked.

He looked annoyed, as if you'd asked the wrong thing, but it seemed a logical question.

"It was a ghost," he said. "I saw a ghost." "Did he do anything?"

"Maybe it was the heat," he said.

"Maybe it was a real ghost," you said. "Confederate encampments were along here." There was a silence. A car went by too fast, music spilling from its open window. "That tree's big enough to have been here then."

"This is stupid," he said, and he leaned down and pulled the cord on the lawn mower. The engine roared, and he couldn't hear you anymore, and you watched him push the mower across the yard. You saw nothing under the maple tree, just newly cut grass spit into lines and shadows stretching slowly into the dark.

Arreglaron los libros juntos y, de repente, la idea de mantenerlos separados tuvo sentido, como si te hubieras dado cuenta de que estaba bien poner los libros en estantes diferentes en el mismo librero, en la casa que compraron para la vida que tenían.

## SEIS

Una vez vio un fantasma. Estaba cortando el césped de enfrente, y tú estabas atrás recortando la madre-selva que había crecido en la cerca. Tu vecino, el dueño original que había comprado su casa por siete mil dólares en 1959, quería rociar queroseno y prenderles fuego a las enredaderas, pero tú dijiste que no. Te gustaba el olor de la madre-selva en las noches de junio. Te gustaban los colibrís revoloteando entre las flores en agosto. Incluso también te gustaba podarlas, dejar que la mente se te pusiera en blanco mientras luchabas con las enredaderas, cortando y jalando, arrancando, retorciendo y tirando de ellas; sabiendo que lo que cortaras volvería a crecer para el final del verano, que al final la madre-selva regresaría igual, aunque tu vecino quemara las enredaderas.

Era a esas horas tempranas de la noche cuando las sombras eran largas y geniales y el rocío se empezaba a formar sobre el pasto; esas horas cuando, como un niño descalzo, empezabas a tener los pies húmedos. Medio escuchabas la podadora aullando de acá para allá y ya te imaginabas sentada en el patio, observando las luciérnagas flotar sobre el pasto lleno de maleza debajo del manzano. La podadora paró abruptamente; "necesitaba más gasolina", pensaste; o tal vez había una bolsa de plástico atravesada. Cuando el silencio se prolongó, caminaste por el jardín del frente, curiosa, y lo encontraste en la entrada, recostado contra el carro, la podadora apagada enfrente de él. El poste de luz parpadeaba mientras te acercabas; él alzó los brazos para un abrazo, y sentiste su sudor, pegajoso contra tu piel.

—Vi un fantasma —dijo él.

Le moviste el pelo de la frente y le soplaste para refrescarlo. Su frente estaba pálida comparada con el resto de la cara.

Señaló hacia el gran arce, el que era muy hermoso cada otoño. Pero no había nada.

Now you're the one who cuts the grass. People tell you to hire a service, but you don't. When you're done mowing in the evening, you lean against the car and wait, but all you ever see are fireflies rising from the damp grass where you leave it long under the maple tree.

## SEVEN

When he ate malted milk balls, he sucked the chocolate off first. Thinking you weren't watching, he'd roll the candies from one side of his mouth to the other, making the sort of tiny noises you'd imagine a chipmunk would make, or a small bird, or something else tiny and cute. If he caught you watching him, he'd instantly stop. Sometimes, just to tease, you'd ask a question to make him talk, and his words would come out lumpy and garbled, pushed around the sides of the candy. "What?" you'd say, still teasing. "I don't understand." But no matter how much you teased, he never chewed.

That's the way he was. He had a special way of doing everything. He developed a method of eating watermelon with a knife, cutting slices so thin the seeds would slither out, and setting aside the juiciest fillet from the middle to eat last. There was an order in which to read the newspaper (sports, business, style, metro, front page). The two of you never left a football or a baseball game until the last second had ticked off the clock, regardless of a lopsided score or a ten-below wind chill or being late to meet someone for dinner. He always carried a pen in his pocket and kept long lists of things to do and places to see on little yellow sticky notes inside his wallet.

If someone had told you about a person who did all these things, who imposed these rules on himself, you would've thought he was odd, annoying. But you found out piece by piece—like putting together a puzzle—and now you couldn't imagine your husband being any other way.

You watched him eat malted milk balls one Easter morning (you'd made two little Easter baskets, setting them up on the kitchen table, each different because you liked different kinds of candy), reading the Sunday paper in his usual order. You were about to tease him,

—¿Qué tipo de fantasma? —preguntaste. Todavía le tenías la mano en la cabeza y, cuando la quitaste, el pelo le quedó como se lo arreglaste.

—Como un soldado de la guerra civil —dijo—. Estaba recostado en el árbol y después desapareció.

—¿Confederado o de la Unión? —le preguntaste.

Pareció molesto, como si le hubieras preguntado algo malo, pero parecía una pregunta lógica.

—Era un fantasma —dijo—. Vi un fantasma.

—¿Hizo algo?

—Tal vez fue el calor —dijo él.

—Tal vez sí era un fantasma de verdad —le dijiste—. Había campamentos confederados por aquí.

Hubo un silencio. Un carro pasó muy rápido, desparramando música por las ventanas abiertas.

—Ese árbol es tan grande que pudo haber estado aquí entonces.

—Qué tontería —dijo, y se inclinó y jaló la cuerda de la podadora. La máquina rugió y él ya no te pudo escuchar, y lo miraste empujar la podadora a través el patio. No viste nada debajo del arce, el pasto recién cortado caía en franjas y las sombras se estiraban lentamente hacia la oscuridad.

Ahora eres tú quien corta el pasto. La gente te ha dicho que contrates un servicio, pero no lo haces. Cuando terminas de podar en la tarde, te recuestas contra el carro y esperas, pero lo único que ves son luciérnagas elevándose del césped húmedo que no podas debajo del arce.

## SIETE

Cuando comía bolas de leche malteada, chupaba el chocolate primero. Como pensaba que no lo veías, se pasaba los dulces de un lado a otro en la boca, haciendo ruiditos pequeños que te imaginabas serían los mismos que haría una ardilla o un pajarito o algo más pequeño y tierno. Si te atrapaba mirándolo, paraba inmediatamente. A veces, solo para molestar, le hacías una pregunta para que hablara, y sus palabras salían grumosas y confusas, zarandeándose por los lados del dulce.

—¿Qué? —le decías aun bromeando—. No te entiendo. Pero no importa cuánto lo provocaras, nunca masticaba.



to make him talk around that gob of candy, to see if he'd bite down just this one time, but before you could say anything, he mumbled something to you, and you didn't say, "What?" because you knew exactly what he'd said; there were always more ways to say, "I love you," and through a mouthful of malted milk balls on Easter morning was only one.

## EIGHT

He hated his job for years. You lay in bed and listened to him grinding his teeth at night, unsure whether to wake him. You fantasized about waking him: "Let's talk," you'd say, and he would tell you all the things he was thinking, tell you exactly why he hated his job and how he really felt about the long, endless reports he wrote that no one ever read. You would offer sympathy, advice, kindness; you'd tell him to quit his job, offer to do his résumé on the computer; or maybe the two of you would just cry and hold each other tight.

But that's not what happened the times you did wake him. He told you he was fine, told you he was tired of complaining about his stupid job, told you to go to sleep. He used kinder words than these, but his voice was expressionless, like a machine that runs on and on by itself. And then you both pretended to be asleep, and then he really was asleep, because he was grinding his teeth again.

You tried to bring up the subject during the day. "No job is worth this," you said when you called him at his office.

"I can't talk now," he whispered. "Then when?" you asked.

There was a pause, and you heard his boss being paged in the background. He said, "My father worked for forty years on the line at Chrysler. You think every day was great?"

"This is different," you said.

And he said, "Nothing's different."

The conversation never went farther than that. It was his boss; it was the nature of the business; it was turning thirty; it was stress; it was long hours; it was making enough money that most other jobs would be a step down; it was too much overseas travel; it

Él era así. Tenía una forma especial para hacer todo. Desarrolló un método para comer sandía con un cuchillo; la cortaba en rodajas tan delgadas que las semillas caían, y ponía a un lado la parte más jugosa del medio para comérsela luego. Tenía cierto orden para leer el periódico (deportes, negocios, estilo, ciudad, portada). Ustedes dos nunca se iban de un partido de fútbol americano o béisbol hasta que el reloj marcara el último segundo, aunque el puntaje fuera disparaje o hiciera diez bajo cero por la sensación térmica, o estuvieran retrasados para encontrarse con alguien para cenar. Él siempre cargaba un lapicero en su bolsillo y llevaba una lista larga de cosas para hacer y lugares para ver en sus notas adhesivas amarillas dentro de la billetera.

Si te hubieran contado sobre alguien que hacía estas cosas, que se imponía estas reglas a sí mismo, habrías pensado que era raro, molesto. Pero te diste cuenta pieza por pieza, como armando un rompecabezas, y ahora no podías imaginar a tu esposo de ninguna otra forma.

Te le quedaste viendo, mientras comía las bolas de leche malteada la mañana de Pascua (habías hecho dos canastitas de Pascua, poniéndolas en la mesa de la cocina, cada una distinta porque te gustaban varios dulces diferentes), leía el periódico del domingo en su orden habitual. Ibas a bromearle, para hacerlo hablar con el montón de dulces, para ver si los mordía tan solo esta vez, pero antes que pudieras hablar, te dijo algo entre dientes y tú no dijiste "¿Qué?", porque sabías exactamente lo que había dicho; siempre había varias formas de decir "Te amo" y con la boca llena de un montón de bolas de leche malteada la mañana de Pascua era solo una de ellas.

## OCHO

Pasó años odiando su trabajo. Tú, acostada en la cama, lo escuchabas rechinar los dientes en la noche, incierta de si debías despertarlo. Te imaginabas despertándolo: "Hablemos", le dirías, y él te diría todas las cosas que estaba pensando, te diría exactamente por qué odiaba su trabajo y cómo se sentía verdaderamente sobre los informes, largos e interminables,



was overly ambitious coworkers and unambitious secretaries; it was rush-hour traffic; it was sucking up taxpayer money to fund projects that improved nothing except the bottom line of the firm; it was living in an expensive neighborhood in an expensive city on the East Coast; it was a wife who wanted to be a writer and consequently was earning no money; it was needing his health-insurance plan because that was when you still thought you could have a baby together; it was being the oldest child, the responsible one; it was being raised in the Midwest; it was trying to prove he was as tough as his father and his grandfather—tougher; it was being brought up to despise weakness and whiners. You knew it was all those things, but you suspected there was something more that he didn't want to or couldn't explain but that you could help with... if only he would talk.

This is what you thought about on those nights when you pretended to sleep: You prayed for him to talk, even though you hadn't been to church in ten years. It felt strange to ask God to make a man talk. You thought about numbers: How many Monday mornings are there in a year? How many Fridays when he had to work late? How many quick lunches at a desk? What do you get if you divide X amount of dollars in his paycheck by Y amount of unhappiness and multiply the result by a year, two years? How many times can one man grind his teeth in a single night?

"It doesn't have to be me," you told him. "Talk to anyone. A friend, your dad, a therapist, a bartender. Just talk. Please."

"There's nothing to say" was all you got from him.

The silence was thick and hard and invisible, like air before a storm. You waited and waited.

One night, you woke up and he wasn't next to you. When he didn't come back to bed, you got up and found him downstairs at the kitchen table writing on a yellow legal pad. A tiny moth circled the overhead light; you watched it instead of him. You asked, "Working late?"

He shook his head, kept writing, flipped the page over, wrote some more, and finally said, "I'm writing a movie."

que nadie nunca leía. Le ofrecerías consuelo, consejos, apoyo; le dirías que renunciara, le ofrecerías hacerle el currículum en la computadora; o tal vez los dos llorarían y se abrazarían fuerte.

Pero eso no fue lo que pasó las veces que sí lo despertaste. Él te dijo que estaba bien, te dijo que estaba cansado de quejarse de su estúpido trabajo, te dijo que volvieras a dormir. Él usó palabras más amables que esas, pero su voz era inexpresiva, como una máquina que manejaba automáticamente sin parar. Y luego los dos hacían que estaban dormidos, hasta que él sí se dormía de verdad, porque empezaba a rechinar los dientes otra vez.

Intentaste tocar el tema durante el día.

—Ningún trabajo vale esto —le decías cuando lo llamabas a su oficina.

—Ahora no puedo hablar —te susurraba.

—¿Entonces cuándo? —le preguntabas.

Hubo una pausa, y luego escuchaste que llamaban a su jefe en el fondo.

—Mi padre trabajó 40 años en la línea de ensamblaje de Chrysler —dijo—. ¿Piensas que todos los días eran buenos?

—Esto es diferente —le dijiste

Y él replicó:

—Nada es diferente.

La conversación nunca llegó más lejos que eso. Era su jefe; era la naturaleza de la compañía; era cumplir treinta años; era el estrés; eran las horas largas; era ganar suficiente dinero, porque otros trabajos representaban bajar de nivel; eran muchos viajes al extranjero; eran los compañeros de trabajo excesivamente ambiciosos y las secretarías sin ambición; era la hora pico; era absorber el dinero de los contribuyentes para invertir en proyectos que solamente beneficiaban a la agencia; era como vivir en un vecindario caro en una ciudad cara en la Costa Este de Estados Unidos; era una esposa que quería ser escritora y por consiguiente no ganaba dinero; era necesitar su plan del seguro médico porque eso era cuando todavía pensabas que podían tener un bebé juntos; era probar que era igual de fuerte que su padre y su abuelo, más fuerte; era haber sido educado para

He might as well have said he was being beheaded in the morning; it was that surprising.

The moth flew too close to the light bulb then dropped onto the table next to him. You leaned in, brushed the dead moth into your cupped hand, threw it in the garbage, and went back to bed.

The next day, he told you the plot of his movie: a guy who hates his job goes to baseball camp to relive his childhood fantasies and wins the big game—not by blasting in a home run, but by bunting.

It took him months to write the screenplay. He thought he was going to sell it in Hollywood and buy a house with a pool and retire. By the time he realized that wasn't going to happen, it didn't matter, because there were changes at his job, new projects that he'd developed and was implementing, ideas that made sense, that made people pay attention. It wasn't the same old story.

You liked that he was happy at work. He talked to you about what he was doing, about his projects, about the results of his work.

The handwritten manuscript of his movie stayed on your nightstand.

## NINE

The combination to the lock on the garden shed (0–14–5), where you keep the lawn mower, the rake, the snow shovel, the garden hose.

Every fall, mice took over the shed; you never actually saw them, only the traces they left behind—dry droppings like caraway seeds; a corner chewed out of the box of grass seed; footprints crisscrossing the dust. He looked into poison. A neighbor across the street told him the right kind. “It shrivels their body from the inside,” the neighbor explained, “so they dry up: no smell, no mess in a trap, no nothing. Clean and easy.”

You didn't like mice. No one likes mice. But what kind of way to die was that, leaving nothing behind?

He set out the poison anyway.

Now, when you open the shed to drag out the lawn mower, you look for some sign of the mice, but he cleaned out the shed in the early spring, swept up all the droppings, hosed away the dust. You think that maybe you thanked him, but maybe not. After he was

despreciar la debilidad y a los que se quejan. Tú sabías que eran todas esas cosas, pero sospechabas que había algo más que no podía o no quería explicar pero no lo podías ayudar con eso... si tan solo hubiera hablado.

Eso es lo que pensabas las noches que fingías dormir. Rezabas para que él platicara, aunque no habías ido a la iglesia en diez años. Se sentía raro pedirle a Dios que hiciera a un hombre platicar. Pensabas en números: ¿cuántas mañanas de lunes había en el año?, ¿cuántos viernes ha tenido él que trabajar tarde?, ¿cuántos almuerzos rápidos en un escritorio?, ¿qué te saldría si dividieras x cantidad del dinero en su cheque por y cantidad de infelicidad y lo multiplicaras por el resultado de un año, dos años?, ¿cuántas veces podía un hombre rechinar los dientes en una noche?

—No tiene que ser conmigo —le dijiste—. Platica con quien sea. Un amigo, tu papá, un terapeuta, un cantinero. Solo platica. Por favor.

—No hay nada que platicar —era lo único que te decía.

El silencio era grueso y duro e invisible, como el aire antes de una tormenta. Tú esperabas y esperabas.

Una noche, te despertaste y no estaba a tu lado. Cuando no regresó a la cama, te levantaste y lo encontraste abajo, sentado a la mesa del comedor escribiendo en un bloc amarillo de rayas. Una palomilla daba vueltas a la lámpara por encima de él, la mirabas a ella en vez de a él. Le preguntaste:

—¿Trabajando tarde?

Agitó la cabeza, siguió escribiendo, volteó la página, escribió algo más, y finalmente dijo:

—Escribo una película.

Mejor hubiera dicho que lo iban a decapitar en la mañana; fue así de sorprendente.

La palomilla voló muy cerca del foco de la luz y cayó encima de la mesa, al lado de él. Te acercaste, echaste la palomilla muerta en el hueco de tu palma, la aventaste a la basura, y regresaste a la cama.

Al día siguiente él te dijo la trama de su película: un tipo que odia su trabajo va a un campamento de béisbol a revivir las fantasías de su infancia y gana el gran partido, no por hacer un jonrón, sino por un toque de bola.

Le tomó meses escribir el guion. Él pensó que lo iba a vender en Hollywood y comprar una casa con



gone, faced with so much more to do than anyone could imagine, as if the world's to-do list had ended up on your own, you were relieved that cleaning out the shed wasn't on the list.

Now you're somehow disappointed that there are no mice, no way to know they were once here. You think, *They'll be back in the fall*. And you know that during the winter you'll keep the shed locked, that you won't look. Then you can think, *The mice are there*, never checking to see if you're right or wrong.

## TEN

You cheated on him. Once. Barely. Not enough to count, not really. But it was with his best friend, the one he'd grown up with, the one with the odd nickname you never quite understood, the one who met you at the emergency room and cried as hard as you did.

It happened in your kitchen at a party one night when you were drinking too much and your husband was drinking even more than you and, even though it was his birthday, you weren't talking to him, and he wasn't talking to you, but no one knew this except for his best friend, because you both acted how you were supposed to act at a birthday party. You were telling his friend your side of the story, why you were right, and he was agreeing, and the next thing you knew, you were kissing the friend, not a quick, simple kiss, not an embarrassed kiss, but a real kiss, lingering.

It was that sudden.

You thought about that kiss for a long time afterward. You remembered every detail—and that, as much as the kiss, was the cheating part, wasn't it?

The friend said he wouldn't tell, but he did. You didn't find this out until a couple of weeks after the funeral, when you were talking to him on the phone late one night because neither of you could sleep. (There were a lot of long, late nights; each time, you thought, *There couldn't be a longer night*, but it seemed the next one was always longer.)

"Yeah, I told him," the friend said. "It seemed like the right thing to do."

"What did he say?" you asked.

"He broke my nose," the friend said.

alberca y jubilarse. Para cuando se dio cuenta que eso no iba a pasar, ya no importaba, porque había habido un cambio en su trabajo, nuevos proyectos que había desarrollado y estaba implementando ideas que tenían sentido, que harían que la gente pusiera atención. No era la misma historia de siempre.

Te gustaba que fuera feliz en el trabajo. Él te platicaba sobre lo que estaba haciendo, sobre sus proyectos, sobre los resultados de su trabajo.

El manuscrito de su película se quedó en su mesa de noche.

## NUEVE

La combinación del candado en el cobertizo del jardín (0-14-5), donde dejabas la podadora, el rastrillo, la pala de nieve, la manguera del jardín.

Cada otoño los ratones se apoderaban del cobertizo, tú nunca los viste en realidad, solo las huellas que dejaban detrás: excrementos como semillas de alcachofa; una caja de semillas de pasto con una esquina mordisqueada; huellas en el polvo. Él pensó usar veneno. El vecino de enfrente le dijo cuál era el correcto.

—Les marchita el cuerpo por dentro —el vecino explicó—. Se secan: ningún olor, ni desastre de trampas, nada. Limpio y fácil.

No te gustaban los ratones. A nadie le gustan los ratones. Pero, ¿qué manera de morir era esa, sin dejar nada atrás?

Él puso el veneno igual.

Ahora cuando abres el cobertizo para sacar la podadora, buscas rastros de ratones, pero él limpió el cobertizo temprano en la primavera, barrió los excrementos, manguereó el polvo. Tú piensas que tal vez le agradeciste, pero tal vez no. Cuando él se fue, quedaste a cargo de muchas cosas que nadie se podría imaginar, como si la lista de tareas del mundo hubiera terminado siendo tuya, pero te alivió que limpiar el cobertizo no estuviera en la lista.

Ahora, de alguna manera, estás decepcionada de que no hubiera ratones, ni ninguna forma de saber que alguna vez estuvieron aquí. Piensas, "volverán en el otoño". Y sabes que durante el invierno dejarás el cobertizo cerrado, que no mirarás. Y después



You remembered the broken nose, the funny story about walking into a ladder.

"I thought things were pretty much fine between us after that," the friend said, "because we were talking and joking again. But now I think there was something different. I can't say what." There was a pause. Then he said, "What'd he say to you about it?"

There were so many ways to answer that question, so many lies you could've told this friend, but you picked the easiest: "He was furious. Absolutely furious." Then you faked a yawn, said you were getting tired and wanted to grab some sleep while you could. But you didn't go to sleep for a long time—OK, not at all—because you were trying to remember a time, any time, a minute, a second, anything, when there was something different between you and him. But there was nothing to remember, nothing.

That's how much he loved you.

And that's the thing you know most of all.

piensas, "los ratones están ahí", pero nunca te cercioras si tienes razón o no.

## DIEZ

Lo engañaste. Una vez. Casi. No tanto para contarlo, no en realidad. Pero fue con su mejor amigo, con el que creció, el que tenía un apodo extraño que tú nunca comprendiste del todo, el que te vio en la sala de emergencias y lloró tanto como tú.

Pasó en la cocina una noche, en una fiesta, cuando estabas bebiendo mucho y tu esposo bebía más que tú y, aunque era su cumpleaños, no le hablabas, y él no te hablaba, pero nadie lo sabía excepto su mejor amigo, porque los dos actuaban como tenían que actuar en una fiesta de cumpleaños. Le estabas contando a su amigo tu parte de la historia, porque estabas en lo cierto, y él estaba de acuerdo contigo y, de repente, estabas besando al amigo, no un beso rápido o simple, no tímidamente, sino un beso en toda forma, prolongado.

Fue de repente.

Pensaste en el beso aun después de que había pasado mucho tiempo. Recordabas cada detalle y eso, al igual que el beso, era el engaño. ¿O no?

El amigo dijo que no le diría, pero sí le dijo. No lo descubriste hasta unas semanas después del funeral, cuando se quedaron hablando una noche hasta tarde por el teléfono, porque ninguno de los dos podía dormir. (Había muchas noches largas; cada vez, pensabas, "no podría haber una noche más larga", pero parecía que la siguiente era más larga).

—Sí, le conté —dijo el amigo—. Me parecía lo correcto.

—¿Qué dijo él? —preguntaste.

—Me partió la nariz —dijo el amigo.

Recuerdas la nariz fracturada, la historia chistosa sobre chocar contra una escalera.

—Creo que todo volvió a la normalidad entre nosotros después de eso —dijo el amigo—, porque estábamos hablando y bromeando otra vez. Pero ahora pienso que había algo diferente. No puedo decir qué era.

Hubo una pausa. Después dijo:

—¿Qué te dijo a ti sobre ello?

Había muchas formas en las que podías responder la pregunta, muchas mentiras que le podías decir a su amigo, pero escogiste la más fácil:

—Estaba furioso. Absolutamente furioso.

Y después fingiste un bostezo, dijiste que te estabas cansando y querías aprovechar que te había dado sueño para dormir. Pero no dormiste en mucho tiempo (no dormiste para nada) porque intentabas recordar un momento, cualquier momento, un minuto, un segundo, algo, cuando hubiera habido algo diferente entre tú y él. Pero no había nada que recordar, nada.

Así de grande te amaba.

Y eso es lo que definitivamente sabes.

## REFERENCIAS

- Czyzniejewski, M. (21 de marzo de 2016). March 21, 2016: "Ten Things" by Leslie Pietrzyk. *Story366*. <https://story366blog.wordpress.com/2016/03/21/march-21-ten-things-by-leslie-pietrzyk/>
- Pietrzyk, L. (2021). Ten things. En *20 more: Selected stories from Drue Heinz Literature Prize winners, 2001–2021* (pp. 198–210). University of Pittsburgh Press.

Recibido: 27 de mayo de 2026  
Aprobado: 26 de agosto de 2026





**MARTHA GARCIA.** Obtuvo su título de Bachelor of Applied Arts, otorgado por Central Michigan University en agosto de 2026, con especialización en terapia recreativa y rehabilitación, y con enfoque adicional en estudios de discapacidad e inclusión en la comunidad. Asimismo, posee un Certificado de Traducción otorgado por la misma universidad y esta es su primera publicación en traducción. Actualmente, está trabajando para la Special Recreation Association of Central Lake County, Estados Unidos.

**CAROLINA GUTIÉRREZ-RIVAS** Cuenta con una Licenciatura en Traducción (Universidad Central de Venezuela), una Maestría en Literatura Hispánica (Kansas State University) y un Doctorado en Lingüística Hispánica (The University of Florida). Actualmente es docente en Central Michigan University (CMU). Sus campos de investigación son la sociolingüística, la pragmática y la construcción del género y la violencia a través de la lengua, así como la traductología. Sus últimas publicaciones han sido, en el 2024, "The Language of Emotions: A Study on Metaphors and Semantic Fields in Venezuelan Migrant Women's Discourse", en la *Revista Educación, Arte y Comunicación*, 13(2), 44-57; en el 2022, "Tipos de cortesía verbal en la correspondencia de Manuela Sáenz", en la *Revista Diálogos*, 10(30), 30-57, y "Fórmulas de tratamiento nominales en jóvenes universitarios de Caracas en el contexto de amigos y pareja", en *Cuadernos de la ALFAL*, 14(1), 105-128.

#### Cómo citar este artículo:

García, M. y Gutiérrez Rivas, C. (2026). La vida en diez momentos: "Diez cosas", por Leslie Pietrzyk. *La Colmena*, (131), 143-158.